Lunes, 22 de febrero 2016

El carbón, las guerras, y las mujeres hermosas: ¿por qué en Italia se habla italiano y no francés?

http://cassandralegacy.blogspot.com.es/2016/02/coal-wars-and-beautiful-women-why-in.html



Virginia Oldoini, Condesa de Castiglione. 1837-1899. El siguiente texto es parte de la charla que di en París el 12 de febrero, en el Instituto Momentum (Agradecimiento a Yves Cochet, Agnes Sinaí, y Mathilde Szuba).

Créditos de la fotografía[1]*:* Título: ***Scherzo di Follia (El Juego de la Locura)****,* Autor: ***Pierre-Louis Pierson***
Fecha aproximada: *1863-1866.*

En el estudio de la historia, está de moda utilizar datos cuantitativos tanto como sea posible. Así hablamos de factores financieros y económicos, de la competencia por los recursos naturales, de los desequilibrios de población, de los efectos del clima, etc. Y, sin embargo, a veces la historia tiene el capricho de cometer errores colosales; desde Napoleón a Saddam Hussein. En ese caso, suelen prevalecer los factores humanos y no siempre es posible tener una idea de lo que pudo haber pasado por las mentes de los miembros de la elite del poder. Uno de estos casos puede haber sido el de la Condesa de Castiglione, mujer fatal del siglo XIX, amante del emperador francés Napoleón III, y, tal vez, artífice de la unificación italiana en 1860. Mujer hermosa, por cierto. ¡Imposible de describir utilizando de modelos de dinámica de sistemas! Gustó mucho de la fotografía, actuando como modelo para el fotógrafo de la corte Pierre-Louis Pierson, por lo que se conservan de ella más de 700 imágenes de estudio.

Volvamos a principios del siglo XIX. En ese momento, la revolución industrial estaba en su apogeo, alimentada por las minas de carbón del norte de Europa, principalmente en Inglaterra, Francia y Alemania. Esta revolución había creado un desequilibrio económico, por lo que los países del Norte eran mucho más ricos y más poderosos que los del Sur. No sólo era una cuestión de tener o no tener carbón. Era una cuestión de transportarlo. El carbón es pesado y voluminoso y, en ese momento, la única forma práctica para llevarlo a largas distancias era por el mar. Los veleros podrían cargar el carbón en cualquier lugar del mundo, pero para llevarlo hacia el interior, se necesitaban canales o ríos. No hay cursos de agua, no hay carbón... No hay carbón, no hay revolución industrial... Esa fue la razón del desequilibrio: los países del sur

[1] N. del T. He cambiado la fotografía inicial del post de Ugo Bardi por esta, que me parece muchísimo más sugerente. Los amantes de la fotografía clásica podrán disfrutar de una serie de 25 fotografías de la Condesa de Castiglione aquí. Más información aquí.

de Europa, al igual que los del norte de África, podría no tenían vías fluviales por su falta de agua. Por lo tanto, no pudieron industrializarse y se mantuvieron económica y militarmente débiles.

He aquí un mapa de la situación en 1848.



En esta fecha, las únicas regiones mediterráneas que tenían cursos de agua y podrían industrializarse eran Francia y el norte de Italia, en particular, el Piamonte. De ambos, Francia era, con mucho, el más poderoso y, ya en 1848, se puede ver cómo Francia había ocupado Argelia, arrebatándosela al débil y lejano Imperio Otomano. El resto de la región del norte de África estaba listo para ser tomado e incluso el Reino de Nápoles, en el sur de Italia, militar e industrialmente débil, podría haber sido una presa fácil para cualquier país industrializado. Entonces, ¿qué es lo que pudo haber impedido a los franceses convertir todo el mar Mediterráneo en un lago francés? Al parecer, esa era, la idea de Napoleón cuando invadió Egipto, en 1798. No lo logró entonces, pero fue una buena intuición estratégica que los posteriores gobiernos franceses podrían haber llevado a cabo.

Ahora, pongámosnos en el lugar de los británicos. En el gran juego estratégico del siglo XIX, ya habían puesto sus ojos en Egipto —y lo acabarían ocupando en 1882— pero había muy poco poco o nada que pudieran hacer para impedir que Francia dominase toda la costa del norte de África, hasta llegar a Egipto o incluso más alla. No podían ejecutar acciones directas pero ¿se podría crear un contrapeso estratégico para equilibrar el poder francés? ¿Cuál podría ser que el contrapeso? Italia, por supuesto, si se consiguiera la unificación y se transformase en un único país creado a partir de la gran cantidad de estados pequeños que había en ese momento.

Así, a mediados del siglo XIX, estaban colocadas todas las piezas estratégicas del juego del Mediterráneo, como en un tablero de ajedrez gigante. El objetivo británico fue compartido por el Piamonte: unificar Italia tan pronto como fuera posible y evitar una mayor expansión de Francia. En el otro lado del tablero de ajedrez, el objetivo de Francia también estaba claro: evitar a toda costa la unidad de Italia y tomar el máximo del norte de África, tan pronto como fuera posible.

Evidente. Estaba todo perfectamente claro. Y fácil para Francia. No había que hacer gran cosa, sólo mantener a raya al Piamonte —algo que podría hacerse con facilidad—. Ciertamente, el Piamonte era una

pequeña región llena de máquinas e industrias para sus tiempos, pero no podía competir con el mucho mayor y más poderoso vecino francés. Sin embargo, el presidente de Francia y emperador de la época, Luis Napoleón, o "Napoleón III" hicieron exactamente lo contrario, incluso el ejército francés participó en apoyo de la expansión del Piamonte, en el norte de Italia, en una serie de sangrientas batallas contra los austriacos en 1859 . La ayuda al Piamonte no fue gratuita, por supuesto; Francia obtuvo un pequeño territorio en el lado occidental de los Alpes, antes parte del Piamonte. Era una ganancia territorial, pero en términos estratégicos, no fue nada en comparación con lo que Francia estaba perdiendo.

Un año más tarde, el Piamonte, con el apoyo de los británicos, envió un ejército dirigido por Giuseppe Garibaldi a invadir el reino de Nápoles. Los napolitanos opusieron una enérgica resistencia, pero, por sí solos, no podían hacer frente a la invasión y Napoleón III no hizo nada para ayudarlos. Con el colapso del Reino del Sur, la unificación completa de Italia era inevitable, a pesar del intento de última hora de Napoleón III en 1867, cuando envió tropas a Italia para impedir a Garibaldi la toma de Roma.

Así se creó Italia. Y así es como sigue siendo. Lo curioso es que no tenía por qué haber sido así. Si Napoleón III hubiera contenido a Garibaldi en 1860 de la misma manera como lo hizo en 1867, probablemente todavía habría un reino de Nápoles y el país que hoy llamamos "Italia", sería principalmente un protectorado francés. Y probablemente el francés sería el idioma dominante en la mayor parte del país[2].

Francia perdió una ocasión histórica para convertirse en la potencia mediterránea dominante. Más tarde, se las arregló para conquistar más piezas del norte de África: ocupó Túnez en 1881 y Marruecos en 1904, pero los avances en la región mediterránea se detuvieron cuando Italia —en 1911— reclamó su porción a costa del Imperio otomano: la región que hoy llamamos Libia.

¿Cómo es posible que Napoleón III cometiera un error estratégico tan colosal? Bueno, tampoco es tan raro, podemos incluso decir que es bastante normal: a menudo los gobernantes de los estados son terriblemente incompetente en su trabajo (basta pensar en nuestro George W. Bush). Pero, en el caso de Napoleón III puede haber existido una razón que va más allá de la simple incompetencia.

Los franceses han inventado la frase "*Cherchez la femme*" como una explicación para muchos eventos inexplicables. Y, en la historia de la unificación de Italia, hay una mujer involucrada: la Condesa de Castiglione. Ella era el prima del conde de Cavour —primer ministro del Piamonte en ese momento— quien la envió a París, al parecer, con la idea específica de influir sobre Napoleón III. Ella era una fiel patriota italiana que entendía muy bien cual iba a ser su papel, como amante del emperador francés. Ella tenía la misión de convencerlos para hacer algo que los franceses nunca deberían haber permitido: ayudar al Piamonte a invadir y conquistar el resto de la península italiana. De acuerdo con lo que a menudo podemos leer en los libros de historia, cumplió su papel a la perfección. A partir de los retratos y las fotografías que tenemos de ella, es fácil entender el cómo.

Por supuesto, podemos pensar legítimamente que esta historia es sólo una leyenda. ¿Podría ser que Condesa de Castiglione hubiera persuadido realmente a Luis Napoleón para hacer lo que hizo? En este caso, la condesa debe ser considerada como una de las mujeres más influyentes en la historia moderna. Pero nunca podremos saberlo: ella ahora está al otro lado del espejo, y tal vez nos mira desde allí y se ríe de nosotros.



[2] N. del T. Hobsbaum, en su libro de 1991 "Nations and Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality" indica que en la época de la unificación italiana el batiburrillo de lenguajes era similar al político. Calcula que menos del 5% de la población de la península tenía el italiano como lengua nativa. La expansión del idioma hablado primordialmente en la Toscana no fue una imposición cultural o centralista, simplemente era el único idioma en el que había verdadera literatura escrita, desde Dante hasta Goldoni o los libretos de las óperas.